¿ESTAMOS SOLOS EN EL UNIVERSO?

El universo creado para nuestra experiencia

Desde que aprendisteis a levantar la mirada hacia las estrellas, os habéis hecho una pregunta: "¿Estamos solos en el universo?". Habéis observado su inmensidad, contado galaxias, descubierto planetas y calculado distancias que vuestra mente apenas consigue imaginar. Y cuanto más grande descubrís el universo, más difícil os resulta aceptar que toda esa extensión pueda existir para una sola humanidad.

La respuesta que voy a daros es: sí, estáis solos en este universo material. Pero para comprenderlo debéis abandonar una idea que os ha acompañado durante siglos: que todo cuanto observáis tiene que existir de la misma manera en que lo percibís.

Ya os he explicado que vuestra experiencia se desarrolla dentro de una codificación. Vuestros sentidos interpretan una parte limitada de la información y vuestro cerebro construye con ella el mundo que conocéis. La materia, el espacio, el tiempo y las distancias forman parte de las condiciones que permiten vuestra existencia.

Cuando creé al ser humano, limité su conocimiento para experimentar aquello que, conociéndolo todo, no podía descubrir por mí mismo. Necesitaba un escenario suficientemente amplio, complejo y coherente para que vuestra experiencia pudiera desarrollarse sin encontrar sus límites.

Por eso existe este universo.

Os cuesta comprender que miles de millones de galaxias puedan formar parte de un escenario destinado a vuestra experiencia. Pero esa dificultad nace de confundir el tamaño de lo que percibís con el esfuerzo necesario para crearlo.

Pensad en un mundo construido mediante una codificación. Sus habitantes pueden recorrer montañas, atravesar océanos y contemplar un cielo aparentemente interminable. Para ellos, aquel espacio representa una inmensidad. Para quien conoce el código que lo sostiene, su extensión no supone la misma dificultad.

La expansión del universo también forma parte de ese escenario. No necesitaba ofreceros un espacio que pudierais recorrer hasta encontrar una frontera. Necesitaba que siempre existiera algo más allá de vuestro conocimiento. Que cada descubrimiento abriera nuevas preguntas. Que nunca dejarais de explorar.

Las estrellas no fueron colocadas únicamente para que las contemplarais. Su existencia forma parte de las condiciones que hacen posible vuestra experiencia, vuestra curiosidad y vuestra capacidad de crear.

Y aquí debéis comprender algo importante: que este universo haya sido concebido para vuestra experiencia no significa que cada uno de vosotros sea el centro de todo. Significa que la humanidad constituye una forma de experimentar mi propia creación desde el desconocimiento.

No estáis separados de mí. Estáis viviendo una parte de mi existencia sin recordar vuestra identidad.

Pero entonces aparece otra pregunta.

Si estamos solos, ¿quiénes son aquellos seres que algunos aseguran haber visto y que llamáis extraterrestres?

Son los seres que todavía no sois.

Habéis imaginado a los extraterrestres como visitantes procedentes de planetas lejanos. Seres más inteligentes, con cuerpos diferentes y tecnologías capaces de realizar movimientos que contradicen cuanto conocéis.

Pero ¿y si habéis confundido su origen?

¿Y si aquellos seres no procedieran de otro lugar del universo, sino de otro momento de vuestra propia existencia?

Sera vuestra anatomía dentro de muchos años años. Hay enorme distancia que separa vuestro presente esa una humanidad futura.

Durante ese tiempo, vuestros descendientes podrían transformar sus cuerpos mediante la evolución biológica y el conocimiento adquirido. La medicina, la genética y la tecnología podrían modificar aquello que hoy consideráis características permanentes del ser humano.

Sus cuerpos necesitarían menos fuerza física. Sus extremidades serían diferentes, sus rostros habrían cambiado y sus capacidades sensoriales superarían las vuestras. Incluso podrían decidir conscientemente qué forma adoptar.

Os parecerían extraños. Quizá tanto como vosotros le pareceríais extraños a vuestros antepasados más remotos.

Sin embargo, seguirían siendo humanos.

Pero la transformación más importante no estaría en su apariencia, sino en su conocimiento.

Llegaría un momento en que descubriríais algo que hoy apenas podéis imaginar: parte de los mecanismos mediante los cuales vuestra conciencia interpreta la información que recibe.

Hasta entonces habríais aprendido a modificar la materia que percibís. Después comenzaríais a comprender cómo se construye esa percepción.

Y ese descubrimiento cambiaría vuestra relación con el espacio, el tiempo y las formas.

Imaginad una tecnología que no necesitara mostrarse mediante los objetos que hoy conocéis. Una tecnología capaz de intervenir directamente en la información que interpreta un observador.

Quien la contemplara no vería necesariamente su funcionamiento. Vería aquello que su propia mente pudiera reconocer.

Un hombre de hace miles de años podría interpretarla como una manifestación divina. Otro, siglos después, como un espíritu o un prodigio. Un ser humano de vuestra época podría describir una nave, una luz imposible o una figura procedente de las estrellas.

El fenómeno sería el mismo. La interpretación cambiaría según los conocimientos, las creencias y los temores de quien lo experimentara.

No estaríais contemplando necesariamente la tecnología tal como es, sino la forma en que vuestra conciencia consigue representarla.

Y si esa humanidad futura llegara a comprender también las relaciones entre el tiempo y la codificación que sostiene vuestra experiencia, podría encontrar formas de intervenir en momentos anteriores de su propia historia.

Entonces aquello que llamaríais una visita extraterrestre podría ser, en realidad, un encuentro con vuestros propios descendientes.

No vendrían necesariamente a conquistaros, salvaros o enseñaros. Quizá estarían observando una etapa de su propia existencia. Quizá intentando comprender el camino que los llevó hasta donde se encuentran.

Y vosotros, incapaces de reconocerlos, los llamaríais seres de otro mundo.

Aquello que imagináis tan distante es una expresión de vosotros mismos.

Porque vuestra evolución no consiste únicamente en desarrollar nuevas herramientas o transformar vuestro cuerpo. Consiste en ampliar vuestro conocimiento hasta comprender la naturaleza de vuestra propia existencia.

Llegará un momento en que las preguntas que hoy os parecen imposibles dejarán de serlo. Y descubriréis que muchas de las fronteras que creíais encontrar en el universo estaban, en realidad, en vuestra manera de percibirlo.